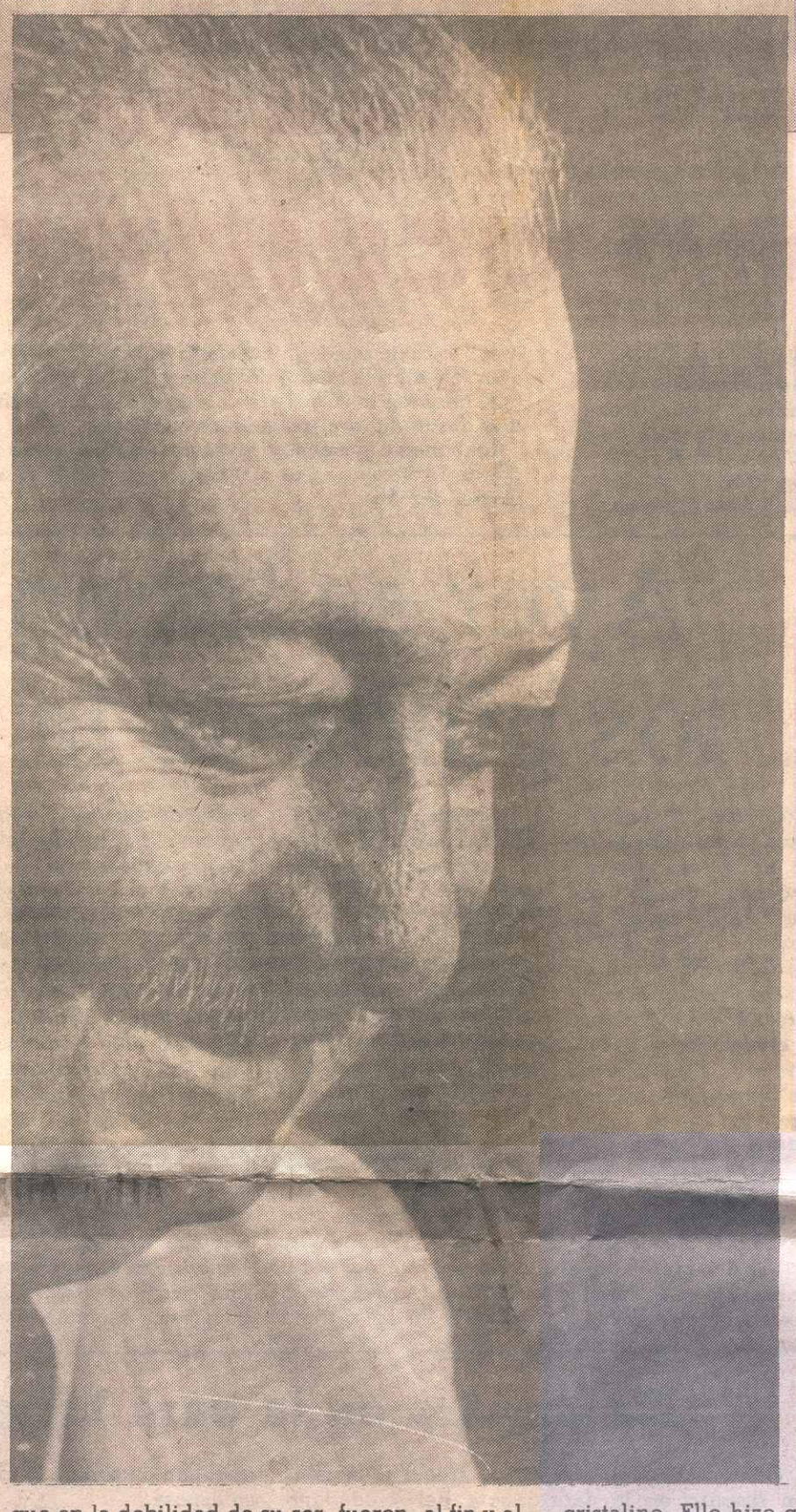
Vicente Gerbasi se ha marchado cabalgando el caballo de cristal del mar de la perennidad



Antonio José García

I

La misma luz que descendió a sus huesos, con un sol de inocencias, para encender blancuras y eternizar sonidos de asombro, en la palabra devenida del canto de los pájaros, del diálogo de algún río tranquilo con las piedras que contemplan su paso. La misma voz que anduvo recogiendo el chirrido metálico del grillo, la vibración del caballito del diablo, el miedo de la araña tejiendo el poema de su silencio, la escritura del rocío sobre la paciencia de la hoja. La invención aeronáutica del colibrí, desafiando las manzanas de Newton, la armonía vertical de la lluvia, la flor del arco iris, inventando jardines en el cielo...Toda esa maravilla multiforme del mundo, que recogieron los ojos de su alma, que cupo muchas veces en una tarde de Canoabo, marcó, desde las diafanidades de su infancia, los espacios de su infinitud.

Ninguna otra claridad, creada por técnicas distantes a la universalidad de la sencillez poética, halló lugar en ese cuerpo, en el que Vicente Gerbasi, el poeta, le devolvió a la voz del hombre, la posibilidad del discurso, con la dignificación de parecerse a la voz de la vida. Porque Vicente dejó que su existencia fuera el reflejo permanente de la identidad primigenia, entre el ser y su emoción de estar sobre la tierra y sus más puros habitantes, construyendo de esa manera las proyecciones de sus transparencias, que dieron a la realización de su obra, una raíz y una elevación, parecidas a las un árbol de cristal, pero con savia cálida, venida de sus limpias arterias. O a un riachuelo apacible, convencido de la pureza de sus aguas.

II

Su poesía es espontánea, con una frescura de juego y reciprocidad, entre el hecho poético y el hecho poetizado. En una conjunción magnífica, que hace invisible el punto, donde se unen el aliento del poeta y el aire de la realidad. Pero es que en Gerbasi se hizo muy singular, la identificación del hombre con los asuntos de su entorno inicial. Hubo un encuentro de tanta intensidad en un ser que, no obstante su ocupación como diplomático, que lo llevó a diversas latitudes geográficas, humanas y culturales, hizo que su poesía quedara invariablemente iluminada por el sol de Canoabo. Impregnada del aroma de las flores silvestres, despertando en cada amanecer con el canto de arrendajos y paraulatas, humedecida de lloviznas tempraneras. Y sobre todo, vivificada siempre del calor familiar, sin perder universalidad. Porque, si algo habló, con más propiedad del mejor país, y recibida con el mayor afecto y admiración, fue su poesía. Como él la concibió y la realizó, como un acto de religiosidad y de oración, desprovisto de manipulaciones, no podía suceder otra cosa, que no fuera esa penetración de la palabra suya, como un llamado...Mejor, como un encuentro entre dos luces. La luz de quien la dice, con la desnudez de una intención pura. Y la de quien, con sorpresa, la escucha, como si percibiera su propia palabra, sin advertirla, y lleva escondida entre tantos asuntos de la vida esa misma luz, que necesita, y no ha logrado hallarla.

Allí está la grandeza de lo que del hombre viene y puede quedarse entre los hombres, porque recoge todos los contextos, todas las formas y todas las sustancias de la existencia misma, y en una acción de magia incognoscible, por la simplicidad de su taumaturgia, convierte en pálpito y en respiración. En eso parece consistir la, a veces, imperceptible deidad de los poetas. Y en ello estuvo siempre la intuición de Gerbasi, para convertir el rayo en una luz de bengala, para asumir el mar como una lágrima cósmica. Pero también, para entender la amistad, como el encuentro del agua y de la espiga, la palabra como el único, natural y legítimo sonido, para nombrar la significación exacta de la vida. Su lenguaje fue invariablemente, creciendo en profundidad y síntesis, buscando rostro, mano, ojo, piel, ola, espuma, chicharra, atardecer, camino, invierno, silencio. Pero sin llegar a ser símbolo, sin llegar a abstraer, para la comprensión y goce solamente de entendidos.

III

Porque Gerbasi nunca fue un solitario, que son los únicos que inventan mundo para un solo habitante. No hubo ni siquiera apariencia de soledad, si su palabra estuvo designando la multitud de vidas de su alma, gloriosa aproximación a la soledad rilkeana, pero con una apreciable variante. Para Rilke la soledad fue la posibilidad de espacio y de tiempo para encontrarse a sí mismo con su libertad. La soledad de Gerbasi fue para encontrarse con la naturaleza. Es decir, con la asombrosa población de la tierra. Para absorber todas sus expresiones, y darle una sola magnitud en su palabra que no tuvo la arrogancia, pero tampoco la brevedad del relámpago. Y sí, la eternidad del fuego en el vientre invisible de la piedra.

La bondad de la naturaleza de la que habló Arthur Rimbaud con nostalgia y exasperación, que en la debilidad de su ser, fueron, al fin y al cabo, las designantes de su genialidad, encontró en Vicente Gerbasi una pervivencia tranquila, pertinente a un ser que anduvo transitando en un mundo ocupado de cosas terribles y de duras cuestiones que, incluso, llegaron a tocar con violencia su fuero personal. Pero que no lograron modificar, en forma alguna, su serena pasividad, la elegancia de su espíritu, la ponderación de su voz ciudadana, en la que nadie encontró alguna vez, la expresión disonante, el anatema. Y no porque hubiera gelidez en sus actos de comunicación. Todo lo contrario. Gerbasi fue hombre de fácil cercanía. Su afabilidad proverbial, fue la nota singular de su amistad en cuyo espacio y resplandor, muchos encontramos gesto de compañía y aliento de hermandad.

IV

Esa misma manera de ser, puso a flor de la comprensión ajena, el Vicente Gerbasi que no tuvo inconvenientes en constituir una inmanencia de su tierra, y expresar todo cuanto de ella y en ella se levanta y se mueve con voluntad estética, en cuya actitud, hasta la fealdad encuentra un valor, una designación equilibradora en la totalidad de la belleza, asumida por el poeta como ejecución de su existencia. Como que su arte es, esencialmente, el ir recogiendo de cada cosa de la realidad, todo gesto y todo rasgo de vida. En la aceptación, de que la vida es la expresión más contundente de la belleza. Y que toda circunstancia que haga duda, no es al final del tránsito, sino oportunidad de revisar esa certeza. No otra significación tendría la sapiencia de Dios en la creación. Y en dejarle al poeta, entonces, esa posibilidad, de acercarse a su casa y preguntarle, y vivir con asombro. Como si le tocara estar naciendo, cada vez que ve la luz del sol, y descubre que en los sótanos de su alma, Dios dejó olvidados las cartas de navegación y el astrolabio, para llegar siempre, sin desesperación, al otro lado de la eternidad, no obstante la abundancia de sombras y otras soberbias abismales y oceánicas.

V

Por eso, quienes tuvimos oportunidades para estar cerca de Vicente Gerbasi, sentimos emanar de su persona, una especie de instilación patriarcal. Pero sus irradiaciones de superioridad, no tenían indicio alguno, ni aún remotamente, de mancha voluptuosa ni farisaica. Era más bien, sentir la trascendencia del viento, que se aproxima a tender su mano cósmica, sin preguntar quién necesita de su pan intangible y cristalino. Ello hizo que todos pudiéramos sentirnos alguna vez, ocupando lugar en su palabra, y en el gesto de su proyección humana, sin contrapartida de exigencias. Porque el afecto prodigado al poeta, le pertenecía por decisión de la lluvia y de la rosa. Y de todo lo que en la tierra tiene estirpe de ternura y de bondad.

Por eso se marchó, el día de los Santos Inocentes. Porque la inocencia, es el absoluto de la bondad. Y lo hizo comenzando el día, para evitar confusiones. Y conociendo la hora de marcharse. Porque hasta la muerte misma, quiso cerciorarse, de que pudiera existir un hombre a quien citar, al término de su existencia corporal, pero que era necesario escuchar, de su propia palabra, la afirmación de una existencia, a la que pocos acceden, por carencia de esa identidad con que Dios, hizo que Vicente anduviera en la tierra, repartiendo paciencias, admiración, reiteraciones de la verdad y de otras cosas buenas, como la esperanza. Porque ningún otro objeto da, sin cansancio y sin medida, quien toma la posesión de la vida, como reconocimiento de su asignación a un destino que lo envuelve, en una conjunción de seres, que, únicamente, tienen la designación de estar, y de inducir a creer, sentir y emocionarse, que es proyección, esto es, existencia pautada hacia el futuro. Y todo eso, es el contenido esencial de la esperanza. No importa, que a veces haga su aparición la incertidumbre, que es impulso vital también, para revisar qué somos. Y de qué magnitud y color es la porción de vida, que nos toca construir para vivir. De allí la expresión de Gerbasi:

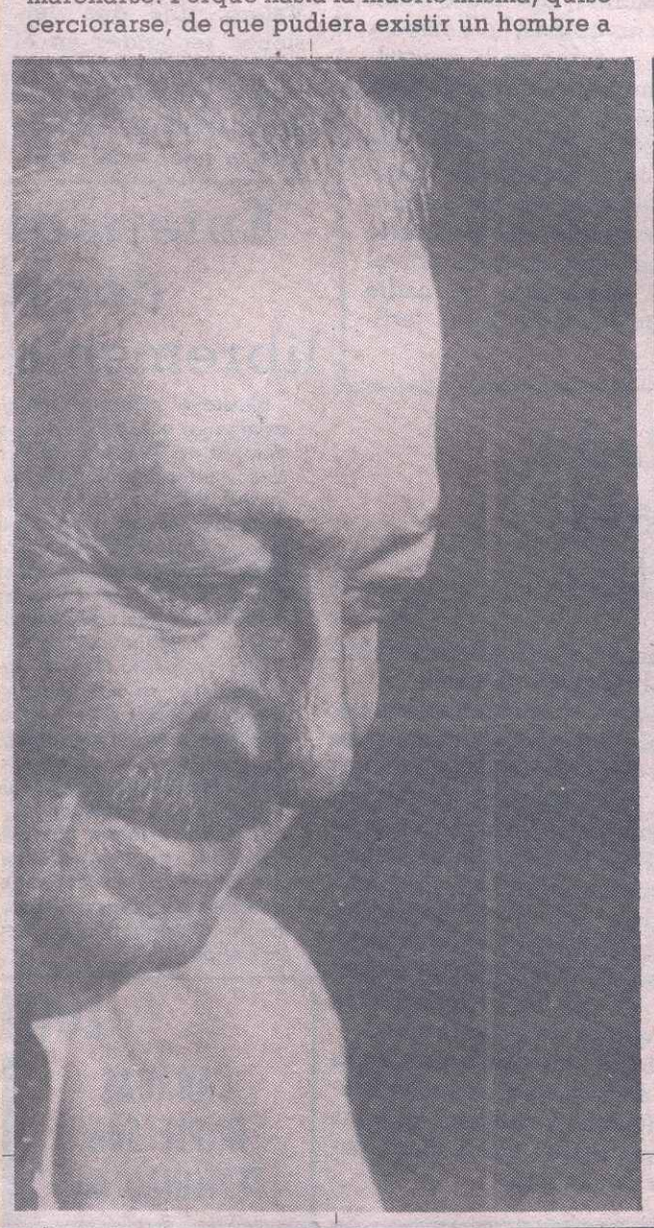
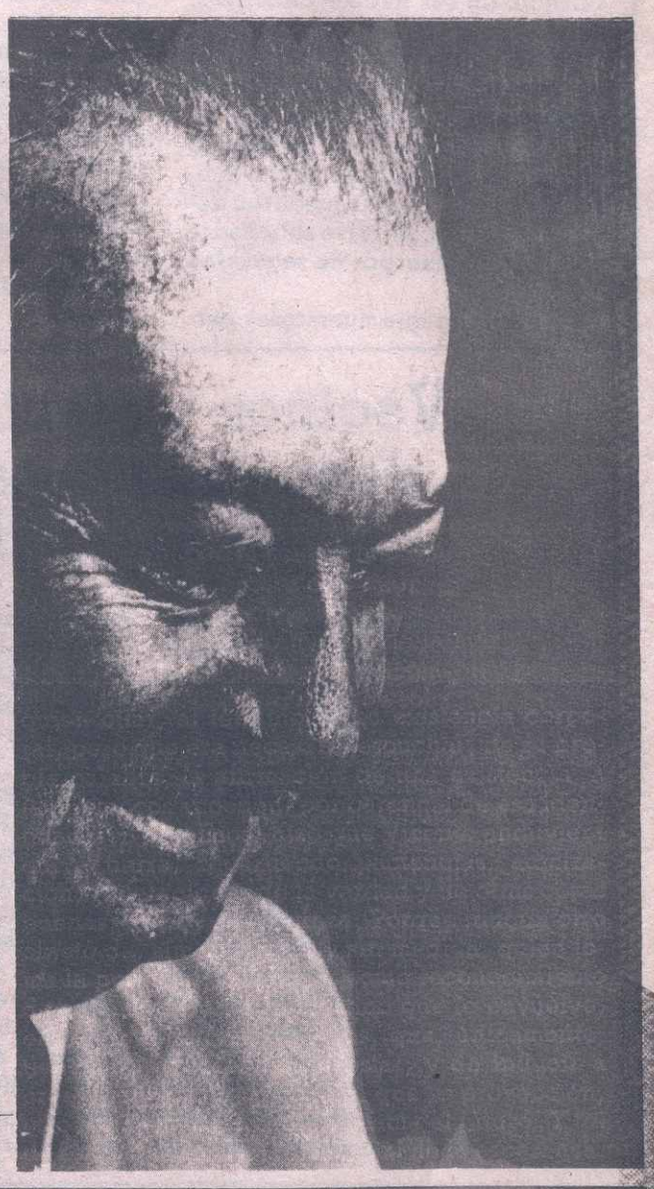
"Venimos de la noche
y hacia la noche vamos"

Con ella el poeta pareciera revelar que en algún lugar del universo de su alma, reside un indicio de conformismo, ante un tiempo asignado. Sinembargo, otra cosa revela su interminable vinculación con la naturaleza, que es estar unido, sin dubitaciones, al orden invariable de la existencia, como resolución cósmica. Y por esto último podemos escucharlo en las postrimerías de su realidad física:

"Todo taciturno
envejece entre cristales sombríos.
Acumula horas de desorden
y se sitúa en una plaza
Solitaria de tristeza.
En ese momento reconoce
su condición de huérfano"

Estas, más que revelaciones de nostalgia, son expresiones alusivas a la necesidad tranquila del ser, que entendió, que la actividad permanente del poeta es vivir. Y sus palabras, no son más que alusiones a la contradicción entre la temporalidad del hombre, y la existencia eterna del poeta que lo ha estado habitando. Esto es evidente, cuando en la hora de su finitud, busca la compañía del mar:

"Si alguien me llama
digan que no estoy.
Ando por las olas del mar,
si, ya de noche,
por ese mar de hojas de luna,
por el sonido con que
embrujé el mar,
por la lejanía,
en el sonido marino de la mar.
Si alguien me llama
digan que estoy solo
con el mar..."

Su alma ya no cabe en el pequeño espacio de su cuerpo. Y se marcha entonces a incrustarse en el cuerpo del mar. Gerbasi busca en las olas, el continuo movimiento de la vida. Sube y cabalga el caballo de cristal, del mar de la perennidad.

Mérida, 29 de diciembre de 1992